

LA INCRECULIDAD del PADRE BROWN

G.K. Chesterton



«Hubo un corto período en la vida del padre Brown durante el cual éste disfrutó o, mejor dicho, no disfrutó de algo parecido a la fama. Anduvo, por espacio de unos días, convertido en la sensación periodística: fue el tópico usual de las controversias de semanario; sus hazañas se comentaron con intensidad e inexactitud en el mundillo de cafés y tertulias, especialmente en América. Y, aunque pueda parecer extraño a las personas que lo conocieran, sus detectivescas aventuras llegaron incluso a dar materia a los relatos breves de los "magazines".» Para que se sigan conociendo sus andanzas, este libro presenta ocho de los relatos publicados durante tercera década del siglo XX.

La resurrección del padre Brown

Hubo un corto período en la vida del padre Brown durante el cual éste disfrutó o, mejor dicho, no disfrutó de algo parecido a la fama. Anduvo, por espacio de unos días, convertido en la sensación periodística: fue el tópico usual de las controversias de semanario; sus hazañas se comentaron con intensidad e inexactitud en el mundillo de cafés y tertulias, especialmente en América. Y, aunque pueda parecer extraño a las personas que lo conocieran, sus detectivescas aventuras llegaron incluso a dar materia a los relatos breves de los «magazines».

Por una extraña coincidencia, todo aquel brillo pasajero recayó en su persona cuando estaba en el más oscuro, o por lo menos el más apartado, de sus lugares de residencia. Pues se le había enviado a desempeñar un papel, entre misionero y párroco, en uno de aquellos países septentrionales de Sudamérica donde existen sectores que soportan inquietos la autoridad de las potencias europeas, o que amenazan de continuo con alzarse en repúblicas independientes bajo la gigantesca sombra del presidente Monroe. La población de estas regiones es de raza cobriza, morena y con pintas rosadas: quiero decir, que está integrada por hispanoamericanos y, en grado mayor aún, por criollos, a pesar de la infiltración continua y creciente de norteamericanos, ingleses, alemanes y demás. El trastorno parece haberse producido a raíz de la llegada de uno de dichos extranjeros. Una vez en tierra firme, sumido en la honda preocupación por la pérdida de una de sus maletas, se acercó al primer edificio que tenía a mano, que resultó ser nada me-

nos que la casa de la misión con su capilla anexa. Recorría la fachada de dicho edificio una larga terraza y una también larga hilera de postes por los que trepaban oscuras y retorcidas lianas de hojas achatadas y enrojecidas por el otoño. En el interior del recinto se apreciaba asimismo, en hilera, cierto número de seres humanos, tan rígidos como los postes, cuyo color recordaba de algún modo al de las lianas. Pues mientras sus sombreros de ala ancha eran tan negros como sus ojos, abiertos sin la más leve sombra de pestañeo, la tez de casi todos ellos parecía tallada en la oscura madera de aquellos bosques transatlánticos. Fumaban en su mayor parte cigarros largos, delgados y negros; y bien se podría decir que en aquel grupo de fumadores lo único que se movía era el humo. Probablemente, el forastero les habría clasificado a todos como nativos, aun cuando algunos parecían enorgullecerse de su sangre española. Sin embargo, no era él la persona indicada para establecer distinciones sutiles entre españoles y cobrizos, y sí, más bien, para obviar, una vez percibidas las características que veía en los naturales del lugar, a quien hubiese clasificado como indígenas.

Nuestro personaje era un periodista de la ciudad de Kansas, hombre delgaducho, cabello claro y lo que Meredith habría llamado una «nariz intrépida»; se podía presumir de ella que se abría camino tanteando los objetos y que se movía como la trompa de un oso hormiguero. Se apellidaba Snaith y sus padres, después de una concienzuda meditación, le pusieron por nombre de pila Saúl, hecho que, muy acertadamente, ocultaba cuando le era posible. Por cierto que había acabado por adoptar el nombre de Pablo, aunque por una razón que nada tenía que ver con la que indujera a hacerlo al Apóstol de los Gentiles. Por el contrario, de haber sido mayor su conocimiento de la materia, se habría dado cuenta de que el aspecto que mejor le cuadraba era el de perseguidor, pues consideraba a las religiones sistemáticas con cierto desprecio convencional, más fácil de

aprenderse en Ingersoll que en Voltaire. Y el caso es que, vestido con tal característica secundaria de su personalidad, se enfrentó con la misión y el grupo estacionado ante la terraza. Algo, en su indiferencia e imposible comportamiento, inflamó su furia; y, al no obtener respuesta adecuada a sus primeras preguntas, empezó a preguntarse y a responder a todo por sí mismo.

Inmóvil en su sitio bajo el ardiente sol, figura impecable con su panamá y su espléndido traje, y aguantando con puño de hierro por el asa su bolsa de mano, comenzó a vociferar dirigiéndose a la pacífica concurrencia que permanecía a la sombra. Empezó a explicarles, en voz muy alta, la razón por la que eran perezosos, marranos, brutalmente ignorantes y más rebajados que los animales inmundos, en el supuesto caso de que ese problema hubiese podido ocupar alguna vez sus mentes. En su opinión, todo se debía a la nefasta influencia del clero, que tan miserablemente pobres les había hecho y tan sin esperanza les había oprimido, hasta hacer posible que se sentaran como lo estaban en la sombra, fumando y sin ocuparse de nada.

—¡Y que seáis una multitud poderosa y dúctil para ser embaucados por semejantes ídolos vanidosos, con sólo ir de acá para allá con sus mitras, sus tiaras, sus capas pluviales y demás parafernalia, mirándolo todo por encima del hombro como si fuese basura; embaucados, sí, por coronas, palios y paraguas santos, como cabritillos de saltimbanquis; sólo porque un pomposo y viejo Sumo Sacerdote de la Conchinchina se cree el dueño absoluto de la tierra! ¿Cuál es vuestra opinión? ¿Qué tenéis que añadir por vuestra cuenta, pobres inútiles? Ya os digo yo que por esta razón os quedáis rezagados en la barbarie y no sabéis ni leer, ni escribir, ni...

En aquel preciso instante el Sumo Sacerdote de la Conchinchina aparecía con aturdimiento carente de toda gravedad por la puerta de la casa de la misión, no bajo la forma del verdadero señor de la tierra, sino más bien como un lío

de oscuros trapos viejos abrochados alrededor de un almohadón de escasa altura con aires de mamarracho. En el supuesto de que la tuviese, no llevaba entonces su tiara, sino en todo caso un sombrero ancho, que apenas difería de los que llevaban aquellos hispano indios, echando para atrás con ademán de fastidio. Parecía disponerse a dirigir la palabra a los inmovibles indígenas cuando vio al extranjero y le dijo sin tardanza:

—¡Oh! ¿Puedo servirle en algo? ¿Desea usted entrar?

El señor Paul Snaith entró, en efecto, y fue su entrada la fuente de donde comenzó a manar una inagotable información periodística sobre las más variadas materias. Es de presumir que su instinto periodístico fuera más poderoso que sus prejuicios, como le sucede en realidad a todo periodista inteligente; así que expuso una cantidad enorme de preguntas, cuyas respuestas le sorprendieron, a la vez que despertaron su interés. Descubrió que los indios sabían leer y escribir por la sencilla razón de que el sacerdote les había enseñado, y que, no obstante, se limitaban a hacerlo en ocasiones estrictamente necesarias, puesto que preferían comunicarse directamente a cualquier otro procedimiento.

Aprendió también que aquellas extrañas gentes, acostumbradas a sentarse en las terrazas sin mover uno solo de sus cabellos, podían trabajar con ahínco su propia tierra. Especialmente aquellos en que predominaba la sangre española, e incluso llegó a saber, con mayor asombro todavía, que todos ellos poseían parcelas de tierra de su propiedad. Ésta era una tradición de última hora que había arraigado profundamente entre los naturales del país. También el sacerdote había tenido que ver con ello; y, al hacerlo, se había adjudicado el más importante y decisivo papel en la política local, si es que podía considerarse únicamente como política local. Acababa de atravesar como un huracán por todo el país una de esas epidemias anárquicas y ateas que irrumpen de vez en cuando en las naciones de cultura

latina, una de esas epidemias que arrancan, por lo general, de una sociedad secreta y acaban en guerra civil, como poco. El cabecilla local del partido iconoclasta era un individuo llamado Álvarez, aventurero pintoresco de nacionalidad portuguesa y, según sus enemigos, de origen oscuro. El jefe de innumerables logias y templos de iniciación, que disfrazan el ateísmo con un ropaje místico. El jefe del partido conservador era una persona mucho más vulgar, un propietario rico llamado Mendoza, dueño de muchas fábricas y a quien se respetaba considerablemente, a pesar de ser muy poco atractivo. Todo el mundo opinaba que la ley y el orden se habrían perdido totalmente al no haberse adoptado medidas más populares y adjudicado a todos los campesinos algún lote de tierra en propiedad; dicho movimiento había partido, desde su misma base, de la pequeña misión donde residía el padre Brown.

Mientras éste hablaba con el periodista, el cabecilla conservador, Mendoza, entró en el recinto. Se trataba de un hombre grueso, moreno, cabeza calva de melón y cuerpo redondo, también como un melón; fumaba un aromático cigarro, que arrojó con gesto tal vez algo teatral al encontrarse en presencia del sacerdote, como si hubiese entrado en una iglesia; saludó con una inclinación tan pronunciada que maravillaba en sujeto tan enorme. Era extremadamente grave en sus modales, y, especialmente, cuando se relacionaba con instituciones religiosas. Era uno de esos seglares que son más clericales que los mismos clérigos. Todo este comportamiento, en especial cuando era llevado a la vida privada, al padre Brown le molestaba.

—Me parece que yo soy bastante anticlerical —solía decir el curita sonriendo—; estoy seguro de que no habría ni la mitad de clericalismo si lo dejaran en manos de los clérigos.

—¿Y bien, señor Mendoza? —exclamó el periodista, más animado—. Me parece que usted y yo tenemos ya el

gusto de conocernos. ¿No estaba usted, el año pasado, en el Congreso Mercantil de México?

Los pesados párpados del señor Mendoza se movieron un poco en señal de consentimiento, mientras sonreía perezosamente, diciendo:

—Ya recuerdo.

—¡Buen trabajo el que se hizo allí en una o dos horas! —exclamó Snaith con fruición—. Todo cambió, y supongo que también usted. ¿No es cierto?

—He de reconocer que me fue muy bien —dijo Mendoza con modestia.

—¡Y aún dirá que no cree en la suerte...! —exclamó el entusiasta Snaith—. La suerte se alía con aquellas personas que saben acogerla oportunamente, y usted se agarró con fuerza a ella. ¡Ah! Pero espero no interrumpir sus asuntos.

—En absoluto —afirmó el otro—. Tengo el honor de venir a menudo a conversar con el padre; nada más que para hablar un rato.

En cierta manera, esta familiaridad entre el padre Brown y el afortunado e incluso famoso hombre de negocios dio fin a la obra de reconciliación del práctico Snaith con el sacerdote. Sintió, como es de suponer, que esta relación daba mayor respetabilidad al lugar y al edificio del misionero, y se mostró dispuesto a pasar por alto todo recuerdo que se relacionara con la existencia de religión, capillas y casas parroquiales. Se entusiasmó con el programa del cura, por lo menos en su parte seglar y social, e hizo saber que se prestaba desde aquel momento a actuar de portavoz para transmitirlo al mundo entero. Fue entonces cuando el padre Brown comenzó a preocuparse más por la simpatía del periodista que por su reciente hostilidad.

Mr. Paul Snaith se puso a realzar con todas sus fuerzas la figura del padre Brown. Remitía a su periódico del Middle-West largos y altisonantes elogios del sacerdote. Hacía fotografías del infortunado clérigo, ejercitándose en sus labores más triviales, y las exhibía a gran tamaño en los enor-

mes periódicos dominicales de Estados Unidos. Convertía sus frases corrientes en lemas y no cesaba de presentar al mundo los inagotables mensajes del reverendo de Sudamérica. Cualquier público menos fuerte y probablemente receptivo que el norteamericano estaría un poco harto de tanto padre Brown. En cambio, éste recibió elegantes e insistentes proposiciones para dar un ciclo de conferencias por Estados Unidos; y en cuanto rechazó estas ofertas, se levantó un aire de reverente admiración. Un buen número de anécdotas acerca del clérigo, siguiendo la pauta trazada por las historias de Sherlock Holmes, brotaron de la mente de Mr. Snaith y fueron presentadas a nuestro héroe con el fin de que las apoyara y patrocinara. Como el sacerdote comprendió que acababa de iniciar aquel camino, no se le ocurrió otra cosa, para satisfacer al demandante, que sugerirle que no siguiera. Y de esto, a su vez, Mr. Snaith aprovechó para comenzar una encuesta acerca de si sería o no conveniente que el padre Brown desapareciese por un tiempo detrás de una roca, como el héroe del doctor Watson. El padre se veía obligado a llenarse de paciencia y a contestar por escrito a todas aquellas demandas alegando que no podía consentir, bajo ningún pretexto, que aparecieran tales historias y añadiendo, por fin, el ruego de que se dejara pasar un cierto intervalo de tiempo antes de que volvieran a aparecer. Las cartas que contestaba se hacían cada vez más cortas y, cuando escribió la última, lanzó un suspiro.

No es preciso decir que este bombo que se le dio en el Norte repercutió en la pequeña localidad donde el padre Brown había pensado vivir olvidado y en solitario destierro. La población inglesa y americana, que había aumentado considerablemente, comenzó a enorgullecerse de contar con un personaje tan universalmente anunciado como lo era el padre. Los turistas americanos que llegaban a Inglaterra pidiendo a gritos que deseaban ver la Abadía de Westminster, desembarcaban también aquí, en esta lejana cos-

ta, pidiendo a voz en grito ver al padre Brown. Se llegó incluso a organizar trenes de excursionistas que bautizaron con su nombre, y a reunir grupos de personas que afluían a su residencia como si se tratara de visitar un monumento público. Quienes realmente le molestaron fueron los activos y ambiciosos comerciantes del lugar, que no cesaban de acosarle incansablemente para que probara sus productos y les recomendara con fines publicitarios. Y cuando no eran las cuestiones de propaganda comercial, era la correspondencia lo que le robaba el tiempo, con la plena convicción de que sólo la requerían los coleccionistas de autógrafos. Como era una persona bondadosa, accedía con bastante regularidad a las solicitudes, y así contestó con pocas palabras, escritas apresuradamente, a la demanda de un comerciante de Francfort llamado Eckstein, carta que iba a marcar en su vida un terrible momento crucial.

Eckstein era un hombrecillo meticuloso, con cabello revuelto y lentes, que estaba terriblemente empeñado en que el sacerdote probara su vino medicinal, y que demostraba un interés desorbitado por saber en qué lugar y momento lo bebería al recibir la muestra.

El sacerdote no se mostró muy sorprendido por la petición, ya que había dejado, desde hacía ya mucho tiempo, de sorprenderse ante las extravagancias publicitarias. Escribió algunas palabras de contestación y pasó después a trabajar en un asunto que le pareció más sensato. Volvieron a llamar, y una nota que procedía nada menos que de su enemigo político, Álvarez, volvió a interrumpir su trabajo. Dicho señor le rogaba que asistiera a una entrevista en la que esperaba llegar a un acuerdo sobre un punto determinado, para lo cual le proponía encontrarse aquella noche en un café de las afueras del lugar. Contestó también a esta tarjeta aceptando la invitación, la entregó a un mensajero de aspecto militar que aguardaba la contestación y, como le quedaban todavía un buen par de horas hasta la cita, se entregó de nuevo a su trabajo en aquello que era realmen-

te de su incumbencia. Transcurridas las dos horas, llenó un vaso con el vino de Mr. Eckstein y, mirando humorísticamente al reloj, se tomó la bebida y salió para perderse entre las sombras de la noche.

Una intensa claridad lunar resplandecía sobre la pequeña ciudad española, de forma que cuando llegó a la pintoresca puerta de acceso, con su arco, de un marcado rococó, y un fantástico fleco de hojas de palmera, tuvo la sensación de estar en un escenario de ópera española. Una larga hoja de palma de puntas pronunciadas se perfilaba sobre el fondo de la luna, visible desde la otra parte del arco; tenía el aspecto de la mandíbula de un cocodrilo negro. La imagen hubiera persistido agradablemente en su mente si otra cosa no hubiese llamado la atención de su ojo avizor. El aire se sumergía en una calma mortal y no se percibía ni una ráfaga; sin embargo, él pudo apreciar claramente que algo imprimía un ligero movimiento a la hoja de palmera.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo; acababa de dejar atrás las últimas casas, cerradas en su mayoría y con las persianas echadas. Avanzaba entre dos largas paredes de piedras lisas y desiguales, salpicadas aquí y allá con las peculiares hierbas espinosas del país. El camino entre paredes conducía hasta la puerta del pueblo. No podía divisar las luces del café del otro lado de la puerta; probablemente debía de estar demasiado lejos. No distinguía otra cosa que una extensión de terreno, pálido bajo la luna, con unos resistentes arbustos de púas acá y allá. Le pareció intuir algo peligroso; sintió una rara opresión física, y, sin embargo, en ningún momento pensó en volver atrás. Su valor, que era considerable, es posible que no llegara a tanto como su curiosidad. Durante toda su vida había obedecido a los impulsos de una verdadera necesidad intelectual por conocer la verdad, incluso en las cosas más insignificantes. Con mucha frecuencia, tenía que dominarse en nombre de la medida, pero invariablemente persistía en dicho impulso.

Atravesó decididamente el umbral y, al pasarlo, un hombre saltó del árbol como un mono y arremetió contra él con un cuchillo. Al mismo tiempo, otro hombre se deslizó por la pared blandiendo una porra que descargó sobre su cabeza. El padre Brown se volvió, pataleó un poco y acabó por desplomarse hecho un ovillo, pero al dejarse caer apareció en su cara redonda una expresión de apacible e inmensa sorpresa.

En el pueblecillo vivía por aquel entonces un joven americano, muy distinto de Mr. Paul Snaith. Su nombre era John Adams Race, ingeniero electricista, contratado por Mendoza para surtir al lugar de los más modernos adelantos. Estaba mucho menos familiarizado con la ironía del chismorreo internacional que el periodista americano. Por cierto, América posee un millón de hombres del tipo moral de Race contra uno del tipo de Snaith. Era único, por ser excepcionalmente bueno en su trabajo, pero en todo lo demás era sencillamente vulgar. En el comienzo de su vida fue ayudante de un boticario, y gracias a su disposición y buen hacer se había abierto camino; todavía consideraba a su pueblecillo natal como si fuera el ombligo del mundo. Se le había inculcado, desde las rodillas de su madre, un cristianismo muy evangélico y puritano, cuya raíz encontraríamos en la Biblia familiar, y, cuando le quedaba tiempo para pensar en asuntos de religión, aquella seguía siendo la suya. Entre todas las deslumbrantes luces y más recientes e imprevistos descubrimientos, cuando llegaba al límite del experimento, haciendo milagros con luces y sonidos, como un dios que crea nuevas estrellas y sistemas solares, jamás dudaba ni por un solo instante de que «las cosas de casa» eran las mejores del mundo: su madre, la Biblia familiar y la quieta y extravagante moral de su pueblecillo. Tenía un concepto serio y noble de la santidad de su madre, como si hubiese sido un francés frívolo. No dudaba de que la religión de la Biblia era la mejor, aunque la dejaba a un lado en cuanto se metía en el mundo moderno. No podía esperarse de él que

simpatizara con las demostraciones religiosas de los países católicos, y en la aprensión que sentía por mitras y báculos coincidía con el señor Snaith, aunque no de forma tan presuntuosa. Le disgustaban enormemente los saludos y aduaciones de Mendoza, y, por otra parte, no se sentía nada tentado por el masónico misticismo del ateo Álvarez. Tal vez esa vida semitropical fuera demasiado para él: rasgos de indio bermejo salpicados de oro español. De todas maneras, cuando decía que no había nada que pudiera compararse con su vida casera, no alardeaba. Quería dar a entender que existía, donde fuera, algo sencillo, natural y conmovedor, que él respetaba por encima de todo lo demás. Tal era la actitud de John Adams Race en aquel lugar de América del Sur. Se apoderaba de él, desde hacía tiempo, una sensación rara que contradecía todos sus prejuicios y con la cual no contaba. La verdad era ésta: la única cosa que no había encontrado en sus viajes y que menos le recordaba los viejos montones de madera, las propiedades rurales y la Biblia sobre las rodillas de su mamá, era (por razones inescrutables) el rostro redondo y el destartalado paraguas negro del padre Brown.

Sin notarlo, solía observar insensiblemente la vulgar, e incluso cómica, figura negra afanándose de un lado para otro; la observaba con enfermiza fascinación, como si fuera un enigma errante o un contrasentido. Representaba todo lo que él odiaba, pero en el fondo de esta persona había encontrado algo que inevitablemente le atraía; era como si hasta entonces hubiese sido tentado por insignificantes diablos y, al topar con el verdadero, cayera en la cuenta de que, al fin y al cabo, el Demonio era una persona bastante normal.

Sucedió, pues, que estando asomado a su ventana aquella noche vio pasar al diablo, al culpable de infinidad de cosas; vestía un ancho sombrero negro y su larga sotana negra y, arrastrando los pies por la calle, se dirigía hacia el portalón. Lo miraba con un interés que él mismo no podía

explicarse. Le entró una viva curiosidad por saber adónde se dirigía y qué asunto llevaba entre manos. Luego vio otra cosa, que despertó más aún su interés. Dos hombres, que pudo reconocer pasaron ante su ventana como ante un escenario iluminado. Un rayo azulado de la luna dibujó un halo espectral alrededor del enmarañado cabello del pequeño Eckstein, el comerciante de vinos, y delineó una silueta más alta y oscura, de perfil aguileño y extravagante y anacrónico sombrero de copa negro, que le daba un aire extraño al conjunto, como una pantomima de sombras chinas. Race se lamentó por dejar que su fantasía siguiese tales derroteros a la luz de la luna; cuando volvió a mirar, reconoció el bigote caído, negro y español, y las facciones pronunciadas del doctor Calderón, un médico eminente de la ciudad, a quien había visto cuidar a Mendoza. Había algo en el modo en el que los hombres se hablaban por lo bajo y figaban la calle que le resultó extraño; por un impulso súbito saltó por su ventana baja y sin sombrero les siguió calle abajo. Los vio desaparecer por el oscuro portalón y un momento después oyó un grito terrible: era agudo y desgarrador y removió la sangre de Race, puesto que le hablaba de algo muy concreto en un lenguaje para él desconocido.

Instantes después, oyó el ruido de pasos presurosos, de gente que chillaba y de una confusión tal que hizo estremecer las piedras y las copas de las altas palmeras de alrededor; hubo un movimiento entre la muchedumbre que se había congregado que le indicó que se disponían a cruzar el portal. En aquel instante, desde la entrada oscura retumbó, con una resonancia inaudita, inteligible esta vez, pero con el timbre de algo que suena a fatalidad, un grito proferido por alguien:

—¡El padre Brown ha muerto!

Nunca supo lo que pasó por su mente o por qué le falló de repente algo sobre lo que descansaba; fue corriendo hacia el umbral y se encontró con que su paisano, el perio-

dista Snaith, salía del lóbrego antro con una mortal palidez en su rostro y chasqueando los dedos muy agitado.

—Es absolutamente cierto —exclamó Snaith en un tono de voz que para él era casi de reverencia—. Está muerto. El doctor le ha examinado y no hay nada que hacer. Alguno de esos malditos mestizos le ha aporreado cuando cruzaba el portal... ¡Sabe Dios por qué! Será una gran pérdida para el lugar.

Race no contestó, o tal vez no podía hacerlo. Se puso a correr hacia el lugar del suceso. La pequeña figura negra yacía en el suelo sobre anchas piedras salpicadas acá y allá por pequeños cactus; el creciente grupo era apartado por los ademanes de una figura gigantesca. Había muchos que se doblaban y movían al son de sus vaivenes, como si se tratara de un prestidigitador.

Álvarez, el dictador y demagogo, era un sujeto alto, generalmente vestido con trajes muy llamativos. En aquel momento llevaba uno verde, con serpientes de plata bordadas cruzándose por todas partes. De su cuello pendía una condecoración colgada de una cinta color pardo subido. Su corto cabello rizado era ya gris y en contraste con su piel, que para sus amigos era color oliva y para sus enemigos color cetrino, parecía de oro, como si llevara una máscara de ese metal. Su rostro largo, generalmente vivo y jocosos, estaba en aquel momento a la altura de las circunstancias. Declaró que había estado esperando al padre Brown en el café cuando oyó un ruido, un golpe, y a su salida halló el cadáver tendido sobre las losas.

—Ya sé lo que la mayoría de ustedes piensa... —dijo echando una mirada altanera—, y si ustedes me temen, como veo, lo diré yo en su lugar. Soy un ateo, y no tengo un Dios a quien poner por testigo de mis palabras frente a los que no me creen. Pero a todos digo, en nombre del más profundo honor que pueda tener como soldado o como hombre, que no he tenido parte alguna en todo esto. Si los